

Aproximaciones a las representaciones cartográficas del espacio sudamericano austral realizadas por funcionarios borbónicos a fines del siglo XVIII.

Gentinetta Martín Alejandro.

Cita:

Gentinetta Martín Alejandro (2013). *Aproximaciones a las representaciones cartográficas del espacio sudamericano austral realizadas por funcionarios borbónicos a fines del siglo XVIII*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/124>

**XIV Jornadas
Interescuelas / Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

Organiza:

Departamento de Historia – Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 16

Título de la Mesa Temática: Literatura de viajes y representación de la alteridad. El descubrimiento del Otro en la narrativa, el arte y la política de la Modernidad (Siglos XV-XX).

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Rogelio C. Paredes; Marcelo F. Figueroa; Sandra Fernández.

**APROXIMACIONES A LAS REPRESENTACIONES CARTOGRÁFICAS DEL
ESPACIO SUDAMERICANO AUSTRAL REALIZADAS POR FUNCIONARIOS
BORBÓNICOS A FINES DEL SIGLO XVIII**

Martín Alejandro Gentinetta

FFyH-UNC / CONICET

[*martinale11@hotmail.com*](mailto:martinale11@hotmail.com)

Introducción

Este trabajo propone una aproximación a las representaciones cartográficas que fueron confeccionadas por los marinos y funcionarios borbónicos y sus fines. El recorte temporal se circunscribe a las últimas décadas del siglo XVIII y el espacial a los territorios americanos de la Monarquía hispánica en el Atlántico sur austral, específicamente el área patagónica. El objetivo es ofrecer una descripción general de las formas y contenidos de estas representaciones y analizar algunas de ellas. Se trata, en buena parte, de mapas y planos que muestran las zonas exploradas durante las expediciones; éstos contienen diferentes tipos de datos: topográficos, hidrográficos, de navegación, entre otros.

De manera paralela, el análisis de representaciones cartográficas permite indagar sobre los contextos de producción científica y los saberes que circulaban y estaban

disponibles dentro del mundo hispánico. Los estudios matemáticos, astronómicos y geográficos eran la base inicial y necesaria para lograr una adecuada cartografía; para ellos fue necesario contar con instituciones que formasen cuadros de especialistas en esas «ciencias útiles», término con el que se denominaban esas disciplinas en el periodo. La Marina y el Ejército asumieron la tarea de formar nuevos cuadros de militares y científicos, ya que fueron responsables de llevar adelante buena parte de la renovación dentro del mundo hispánico.

El análisis de estos documentos aporta a un estudio más completo de las expediciones impulsadas por la Monarquía borbónica hacia América en la segunda mitad del siglo XVIII, que dan cuenta de las urgencias geopolíticas que enfrentaba la Corona para defender y controlar sus territorios; en particular de esas regiones fronterizas del Imperio, escasamente conocidas. La confección de mapas y planos de dichas áreas se convirtió así en una herramienta necesaria para reafirmar su posesión ante otras potencias; al mismo tiempo, constituyeron un mecanismo de apropiación territorial, que complementaba las relaciones y descripciones que efectuaban los marinos en sus diarios, o los funcionarios borbónicos en sus informes.

Las representaciones cartográficas: consideraciones generales

La primera pregunta que debemos responder es ¿qué es un mapa? No hay una respuesta unívoca a este interrogante, ni existe acuerdo entre los cartógrafos y los historiadores de la cartografía al momento de definir este concepto. La propuesta teórica de John B. Harley brinda un acercamiento al mapa desde una perspectiva innovadora, postulando que el mapa es una construcción social que se expresa a través del medio de la cartografía (Harley, 2005: 61). Este autor critica el enfoque tradicional que muestra al mapa como una imagen de la realidad, una representación gráfica «objetiva» de una porción delimitada del mundo concreto. En este sentido, el mapa es considerado “una manifestación concreta de la realidad geográfica dentro de los límites de las técnicas de la topografía, de la habilidad del cartógrafo y del código de signos convencionales.” (Harley, 2005: 60).

La asunción de que un mapa era “una ventana transparente al mundo” se consolidó con el movimiento ilustrado en el siglo XVIII, cuando se afianzó la concepción de la cartografía como una ciencia concreta. Harley considera que esa manera de entender el mapa reduce significativamente las lecturas e interpretaciones posibles sobre los

documentos cartográficos históricos (y también de los actuales). Por ello, su perspectiva afirma que además de una imagen, un mapa es un texto construido a partir de la intervención de diferentes actores que traen consigo sus propias subjetividades. Desde este enfoque, que busca restituir los mapas en sus contextos de producción y leerlos a partir de los mismos, Harley sostiene que:

Lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redescubren el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Lo que leemos en un mapa está tan relacionado con el mundo social invisible y la ideología como con los fenómenos vistos y medidos en el paisaje. Los mapas siempre muestran más que la suma inalterada de un conjunto de técnicas. (Harley, 2005: 60)

Según esta lectura, los mapas encierran una multiplicidad de datos y significados que acompañan a los elementos visibles que integran la representación, que es necesario decodificar para interpretarlos. En este punto, el conocimiento de las sociedades que produjeron los mapas, así como las reglas de funcionamiento de aquellas, adquieren un peso determinante para un análisis interrelacionado que posibilite un acercamiento a los objetivos, los sentidos, los silencios y las cosas dichas en cada mapa.

Al vincular la producción cartográfica con sus contextos históricos de origen, se hace necesario realizar un rápido recorrido de los siglos XVII y XVIII de modo de contar con herramientas que faciliten comprender la cartografía de la etapa de la Revolución Científica y la Ilustración. En primer lugar, debe apuntarse la consolidación del campo de las matemáticas y de la práctica científica experimental, aferrada a la observación directa. Hubo un incremento de los instrumentos de medición y observación y una considerable mejora de los ya existentes, situación que colaboró para obtener mediciones exactas y observaciones más detalladas. A los avances técnicos logrados desde el Renacimiento, *v.g.*, la triangulación o método para determinar los lugares mediante la intersección de líneas (Gemma Frisius, 1533), la plancheta que incluía una regla de observación sobre la superficie del dibujo y posibilitaba construir un mapa al tiempo que se trazaban los ángulos (Leonard Digges, 1571), diferentes tablas matemáticas con aplicación cartográfica como las efemérides (Johannes Müller, 1436-1476 o Bernard Walther, 1430-1504) o la de logaritmos (John Napier, 1550-1617 y Henry Briggs, 1561-1630) y el reloj de péndulo para medir la longitud en lugares fijos (Christian Huygens, 1629-1695) se añadieron nuevos instrumentos durante el seiscientos y el setecientos. Entre los más destacados cabe mencionar el odómetro –para

el cálculo de distancias—, el compás magnético y las mejoras introducidas en el teodolito, que dieron origen al teodolito acimutal, el cual permitía medir al mismo tiempo ángulos horizontales y verticales (Thrower, 2002: 97-98). Dichos avances colaboraron para que los mapas fueran considerados una representación objetiva y racional de cualquier porción de la superficie terrestre. Los criterios de validación eran aportados por el razonamiento matemático y la observación astronómica, dos pilares fundamentales para la fijación casi exacta de la latitud y la longitud (García Rojas, 2008: 12).

La cartografía se convirtió en un instrumento geopolítico indispensable para las monarquías europeas, en constante competencia por la apropiación de territorios en el Viejo y el Nuevo Mundo. La Corona hispánica puso especial atención para hacerse de minuciosas representaciones cartográficas de sus vastos dominios. Además, se esforzó por dotarse de cuerpos de ingenieros, de geógrafos y de marinos con los conocimientos necesarios para llevar adelante esta tarea.

Desde la perspectiva geopolítica, a lo largo del setecientos —y con más regularidad en la segunda mitad del siglo— hubo un creciente interés por levantar y dibujar mapas de las costas del mundo, en particular de aquellas zonas descubiertas por los europeos hacía poco tiempo, *i.e.* Nueva Zelanda, Australia y América del Norte (Thrower, 2002: 110). Para la Monarquía hispánica, este interés iba más allá de los espacios explorados recientemente. Se hacía menester obtener representaciones cartográficas de aquellas regiones que si bien formalmente estaban incorporadas al imperio, escapaban al control directo de las autoridades. La fachada patagónica atlántica que se extendía al sur de Buenos Aires y hasta el cabo de Hornos formaba parte de esas zonas excluidas del dominio metropolitano. Simultáneamente, esa costa tenía una ubicación estratégica para vigilar las rutas comerciales y de comunicación entre el Atlántico y el Pacífico sur. Asimismo, los recursos pesqueros de la región despertaban el interés de otras potencias europeas, sobre todo de Inglaterra y Francia. Al respecto basta recordar la ocupación francesa de las islas Malvinas que realizó Bougainville en 1764 —devueltas por Francia en 1766—, la constante presencia de buques balleneros de diferentes banderas que se beneficiaban con la explotación de este recurso y la creencia, extendida en el período, de que los ingleses poseían un enclave en una isla cercana al cabo de Hornos y otro en las Malvinas, llamado Port Egmond.¹

¹ Desde Buenos Aires se remitieron numerosos informes a la península en los que transmitían noticias de un posible asentamiento inglés en la Isla de los Estados, llamado Nueva Irlanda. Se intentaron varias

Dentro de estas necesidades geopolíticas, el trazado de mapas específicos de las regiones poco o nada conocidas del imperio era un mecanismo para afirmar la posesión de esas tierras frente a los intentos de otras monarquías por ocuparlos. Incluso, podía esgrimirse como un documento de respaldo ante los reclamos de restitución territorial por usurpación. No sólo los mapas cumplían esta importante función, sino también cualquier otro dispositivo documental fuese éste una relación o un diario de viaje, por ejemplo. En este sentido, Day afirma que la descripción de un lugar que se hacía mediante un mapa o por otros mecanismos formaba parte del proceso para reclamar la posesión de nuevas regiones, ya que demostraba un conocimiento que se había obtenido mediante una exploración exhaustiva (Day, 2006: 48). Al trazar el mapa de un territorio desde el mar se intentaba delimitar su litoral, aquella configuración de la tierra que podía verse a simple vista o mediante un dispositivo óptico, y trasladar esos contornos a los atlas del mundo; así se fijaba la primera fase del descubrimiento. Pero estas acciones no eran suficientes por sí mismas. Definidos los contornos, había que adentrarse hacia el interior del territorio y explorarlo si se pretendía afirmar los derechos de posesión, e incluso suplantar a las sociedades que habitaban el espacio descubierto. Así, la tarea de dibujar mapas, encomendada a los exploradores, era un aspecto determinante del conocimiento de la tierra y se convertía en condición indispensable para cualquier sociedad suplantadora preocupada porque sus reclamos sobre los territorios resultara creíble (Day, 2006: 58).

La Monarquía hispánica ya había afirmado sus derechos sobre la América Meridional austral, cuando la región fue reconocida en el transcurso de la expedición de Hernando de Magallanes en el siglo XVI. Luego afirmó esos derechos con el fracasado intento colonizador que emprendió Pedro Sarmiento de Gamboa en la década del ochenta de ese siglo. Las condiciones climáticas extremas, la inexistencia de recursos auríferos y argentíferos, como de otras materias primas que pudieran colocarse en los mercados europeos y las dificultades para controlar a las sociedades indias seminómadas y nómadas, sometiénolas a un régimen de encomienda, determinaron la desatención de la Corona hacia esa región por más de un siglo y medio. La realidad geopolítica del setecientos con el recambio dinástico, junto a la pérdida del control de los mares que había sufrido la Monarquía, y los proyectos borbónicos orientados a recuperar la hegemonía que había perdido el Imperio hispánico, justificaron un

expediciones para verificar la información, pero nunca se concretaron. Archivo General de Indias (AGI), , Estado, 80, N.1 y Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría de Guerra, leg. 6805, nun. 35.

renovado empeño de explorar el litoral patagónico, paso necesario para intentar el control efectivo del área.

Cualquier proyecto para erigir asentamientos requería un profundo conocimiento de la tierra y los pueblos que vivían allí, sin esta condición cualquier proyecto de poblamiento era inviable. Traemos a colación las palabras de H. Capel, quien afirmó que la pérdida de Cuba y Filipinas por parte de España, a fines del siglo XIX, se debió en parte al insuficiente conocimiento que tenía la metrópoli sobre sus territorios, puesto que “no era posible tener colonias si no se apreciaban, y no era posible apreciar correctamente su valor sin conocerlas primero.”(Citado en Day, 2006: 61). La afirmación de este geógrafo encuadra perfectamente con la situación de la costa patagónica de mediados del siglo XVIII, como también con la de los otros territorios de frontera del Imperio y de muchas regiones interiores de Hispanoamérica, alejadas de los grandes centros urbanos y las capitales virreinales. Expresado en otros términos, sólo se podía dominar y controlar aquello que se conocía previamente; para lograr este objetivo las representaciones cartográficas levantadas *in situ* por los marinos borbónicos en el transcurso de sus viajes resultaba una herramienta fundamental.

La posibilidad de obtener mapas y planos que representasen de modo objetivo y geométrico una porción del globo, merced a la aplicación de la racionalidad matemática y la observación astronómica, requería la instrucción de los marinos en las llamadas «ciencias útiles». La Marina asumió directamente la responsabilidad de formación de sus cuadros profesionales, al tiempo que se convirtió en una de las instituciones pioneras en la difusión y promoción de los nuevos saberes científicos en el Imperio. En la tarea se vieron involucradas las tres Academias de Guardiamarinas que funcionaron en la península: Cádiz desde 1717 y Ferrol y Cartagena desde 1776, el Observatorio astronómico (1753) y las Escuelas de navegación que fueron abiertas luego de la sanción de las Ordenanzas Generales de la Armada, en 1748. Las Academias recibían a quienes tenían una extracción social –en su mayoría miembros de la pequeña nobleza provinciana– que les aseguraba formar parte de la oficialidad de la Marina. Por su parte, las Escuelas instruían a los pilotos y marinos que demostraban aptitudes para los estudios de cálculo, geometría, astronomía, dibujo y otros saberes requeridos para conducir un buque y colaborar en las tareas de exploración durante los viajes. Con el desarrollo de estos centros, el esfuerzo de reconocidos oficiales, entre quienes destacó la figura de Jorge Juan, y el compromiso y financiación que garantizaron varios secretarios de estado, se consiguió dotar a la Armada de un personal con una sólida preparación

práctica y teórica. La Monarquía pudo contar así, desde las primeras décadas del siglo, con cuadros de marinos preparados con los conocimientos necesarios para concretar los objetivos que fueron desarrollándose en el ciclo de expediciones borbónicas que se llevaron adelante dentro del Imperio.

Una última consideración de índole metodológica. Hasta el momento se ha empleado el término «mapa» de modo general, para hablar de diferentes tipos de representaciones cartográficas. Empero, la ciencia cartográfica distingue entre, por caso, un mapa –con sus posibles variantes, que dan origen a mapas temáticos–, un plano –también con sus variantes– y una carta marina. Para evitar usos ambiguos o inducir confusiones, hemos optado por conservar la denominación que los autores dieron a los documentos cartográficos que trazaron y ceñirnos a la distinción conceptual que existía para esas representaciones en el siglo XVIII. Las que realizaron los marinos borbónicos fueron en su mayoría de dos tipos: planos y mapas. Lo usual durante el reconocimiento de una zona delimitada era la confección de un plano de la misma, en el que se incorporaba la mayor cantidad posible de detalles. Los mapas tenían un alcance más general, abarcaban espacios extensos. Esta diferencia se explica con nitidez en los propios textos del período. Así, el diccionario de autoridades define al «plano» como “el diseño, planta ú descripción de alguna plaza, castillo, ciudad, campamento ú otra cosa semejante descripto ú delineado en papel.”² Por su parte, el «mapa» ofrecía:

La descripción geographica de la tierra, que regularmente se hace en papel o lienzo, en que se ponen los lugares, mares, ríos, montañas, y otras cosas notables, con las distancias proporcionadas, según el pitipié [escala] que se elige, señalando los grados de longitud y latitud que ocupa el pais que se describe, para conocimiento del parage ó lugar que cada cosa destas ocupa en la tierra.³

La definición anterior se completa con la diferenciación de los tipos de mapas: los universales, que abarcan toda la superficie terrestre; los generales, dedicados a alguno de los continentes y los particulares, para los reinos o provincias. De la distinción entre plano y mapa se desprende que el primero resulta más operativo para dibujar porciones reducidas de terreno, sus accidentes geográficos, sus construcciones y otros detalles que por su especificidad no podrían incluirse en representaciones más amplias. Los segundos, en tanto, ofrecen una proyección espacial más extensa, en que si bien se incorpora información variada, deja fuera elementos debido al uso de una escala reducida, necesaria para representar un área más extensa.

² Diccionario de la lengua castellana, Madrid, Imprenta Real Academia Española, 1737, T. V, p. 289.

³ Diccionario de la lengua castellana, Madrid, Imprenta Real Academia Española, 1734, T. IV, p. 492.

La cartografía del espacio patagónico: algunos ejemplos

Hemos seleccionado, a manera de ejemplo, cinco representaciones cartográficas a partir de las cuales proponer algunas reflexiones: tres planos y dos mapas. Los primeros fueron levantados *in situ* por dos marinos con una buena formación en «ciencias útiles», Basilio Villarino⁴ y José de la Peña.⁵ De los dos mapas, uno fue compilado por el geógrafo Francisco X. de Santiago Palomares⁶ y el segundo fue diseñado por orden del Virrey rioplatense Nicolás del Campo, segundo marqués de Loreto (1783-1789), con la intención de sintetizar en ese documento los conocimientos que se habían adquirido hasta el momento, de la costa patagónica.⁷

Los planos corresponden a zonas reducidas del litoral patagónico en los que se empleó una escala ampliada para ofrecer una panorámica precisa del área recorrida, junto con sus particularidades. Dos de los tres planos fueron levantados por el primer piloto de la Real Armada Basilio Villarino durante sus expediciones por la región. El primero de éstos, dibujado en 1779, comprende el trayecto del río Negro desde su desembocadura en el Atlántico hasta el paraje donde fue fundado el fuerte de Nuestra Señora de Carmen. Su título resume la tarea concretada por Villarino: “Plano del río Negro nombrado por los indios río Grande en la Costa Oriental Patagonica, sacado por mi don Basilio Villarino en el mes de febrero de 1779 de orden del Comisario Super-Intendente don Juan de la Piedra situado en 40°55’ de latitud sur según exactas observaciones que hice en tierra; y en la longitud de 313°03’ meridiano de Tenerife.”⁸

⁴ Basilio Villarino (1741-1785) alcanzó el grado de primer piloto de la Real Armada. De origen gallego, muy posiblemente se formó en la Escuela de Navegación de Ferrol. Villarino participó en diferentes expediciones a la costa patagónica, logrando obtener un conocimiento muy minucioso de la región. Hemos indagado en profundidad en la vida de este marino en Gentinetta, 2012.

⁵ José de la Peña tuvo una larga trayectoria en el Río de la Plata, alcanzando el grado de alférez de Fragata al final de su carrera. Efectuó numerosos viajes y exploraciones en el virreinato, en calidad de 1° piloto en la carrera de Malvinas y Patagonia. También participó con Villarino de los reconocimientos de la costa patagónica y gestionó los asentamientos de la misma. Archivo General de la Marina Don Álvaro de Bazán (AGMAB), Cuerpo General, Leg. 620/910.

⁶ Francisco Xavier de Santiago Palomares (1728-1726), natural de Toledo, tuvo una amplia formación en retórica, gramática, filosofía, dibujo y letras. Desempeñó diferentes cargos al servicio de la Monarquía, en particular como diplomático y copista de manuscritos, códices, libros y otros documentos varios. De sus variadas colaboraciones destacó su paso por el Archivo de la Secretaría de Estado y la biblioteca del Real Monasterio del Escorial, así también su activa participación en publicaciones de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País (Palomares, 1920: 264-267).

⁷ El mapa no tiene firma. Según Guillén y Tato, el autor material del mapa fue el ingeniero militar portugués José Custodio de Saá y Faria, al servicio de la Corona hispánica, en 1786. De acuerdo a la ficha bibliográfica del AGI que acompaña el mapa, éste ingresó al Archivo en 1788, acompañado de varias cartas del Virrey (Guillén y Tato, 1942: 54).

⁸ Archivo General de la Nación Argentina (AGN), Mapas, II 466.

Se trata de un plano rectangular de aproximadamente un metro de largo por cincuenta centímetros de ancho y encuadrado, aunque el recuadro no tiene escala de latitud y longitud. Está coloreado en tonos ocres y verdes y no posee indicación de la escala utilizada. Tiene rosa de los vientos y flor de lis señalando el norte magnético; también se anotan los sondeos de la profundidad del lecho del río, expresados en brazas y los bancos de arena en la desembocadura y curso del río. En el recuadro inferior derecho se lee el título del plano junto a la leyenda que traduce las referencias del plano y una “advertencia” de Villarino, en la que da cuenta de los obstáculos que ofrece la entrada del río Negro para la navegación. El recuadro que contiene el texto informativo está ornado con hojas posiblemente de palmera entrelazadas y pintadas en tonalidad azul y sombras blancas, que recuerdan los colores de la casa real borbónica.

El segundo plano compuesto por Villarino data de 1781 y corresponde a la porción de terreno que media entre el río Colorado y el río Negro, explorada por este piloto tanto por agua como por tierra.⁹ Por título lleva:

Plano de la costa oriental patagónica comprendida entre los 41°9' y los 39°41' de latitud sur y entre 313°54' y 314°47' de longitud de Tenerife en el que se figura el principal desagüe del río Colorado, las diversas islas y canales de sus inmediaciones, las dos bahías Anegada, y de Todos los Santos con las islas y vajos contenidos en ellas. La derrota ó navegación que con seguridad se puede hacer desde el río Negro al Colorado y su principal y segura entrada (observando las advertencias puestas al fin del diario que acompaña a este plano). Levantado de orden del Comisario Super Intendente de estos nuevos establecimientos Don Francisco de Viedma, por Don Basilio Villarino 2° piloto de la Real Armada con las embarcaciones de su mando el bergantín Nuestra Señora del Carmen y Ánimas y la chalupa San Francisco de Asís, por los meses de mayo, junio, julio y agosto del año de 1781.¹⁰

Las dimensiones de esta representación son 68,5 centímetros de ancho por 107 centímetros de largo; posee un recuadro general dividido en grados de latitud y longitud, aunque sin especificar la escala, la cual puede deducirse, siendo la relación aproximada de 1 cm. = 3 km. El dibujo está hecho en colores, en tonos verdes, amarillos y rosados y tiene rosa de los vientos con flor de lis que señala el norte. Están trazados los rumbos para la navegación (al igual que en una carta marina), se anotaron los sondeos del lecho costero en brazas y se ubicaron los bancos de arena, islas e islotes de la zona. En el margen superior izquierdo se halla un recuadro con el título del plano, la leyenda de las referencias, una breve nota del piloto y su firma y rúbrica.

⁹ Biblioteca Nacional de España (BNE), MR 42/401.

¹⁰ Idem.

El plano levantado por José de la Peña en 1789 corresponde a la isla de los Reyes –hoy llamada isla Pingüino– y a la costa litoral que se halla frente a ella, al sur de la desembocadura del río Deseado, donde se había erigido un pequeño establecimiento en la década de 1780.¹¹ La representación se titula: “Plano del cavo e Isla de los Reyes, situada en la latitud sur de 47°53’ y longitud 310°51’ de Tenerife, reconocido y levantado de orden del capitán de fragata de la Real Armada Don Ramón de Clairac por el segundo piloto de la Armada Don José de la Peña.” Se trata de un plano encuadrado y sombreado en colores ocre y marrones. No tiene rosa de los vientos aunque sí la flor de lis dirigida al norte magnético; además contiene las sondas del área, que el piloto expresó en “brazas de 6 pies yngleses medidos en bajamar”. En la mitad del margen izquierdo se ubica un recuadro con el título, la leyenda de las referencias y la escala utilizada de media milla (castellana) cada 2,8 centímetros o, de acuerdo a la conversión al sistema métrico 2,8 cm. = 926 mts. La particularidad del recuadro radica en que está coloreado en azul y rodeado de flores blancas, posiblemente lirios, y coronado de una flor de lis, en la parte media superior, azul y blanca. Los colores son característicos del escudo de la casa de Borbón, como también la flor de lis, emblema de la Monarquía.

Los dos mapas representan la región rioplatense, aunque con algunas diferencias. El primer mapa, confeccionado por Santiago Palomares en 1751, muestra una extensa área que se extiende desde la ciudad de Buenos Aires hasta el cabo de Hornos e incluye la Capitanía General de Chile.¹² Su título, “Mapa del Magallanes”, asigna este topónimo a toda la región al sur del puerto porteño y hasta las islas de Tierra del Fuego. La escala empleada por el autor –indicada en el margen inferior izquierdo– es de “cinco grados o cien leguas comunes”, que equivale a 4,2 cm. = 100 leguas = 557,27 km.; el norte está señalado por la flor de lis junto a la rosa de los vientos. El mapa está recuadrado y graduado la latitud y longitud de a cinco grados. Además, está coloreado con tonos ocre (tierra), azul (ríos y océanos), verde (vegetación) y negro (accidentes geográficos y ciudades). En la parte superior se ubica la leyenda de veintinueve referencias contenidas en el mapa, referidas a cuestiones muy variadas. En el margen inferior derecho hay un recuadro con el título “Notas”; allí se explica el significado de los símbolos del mapa y luego el autor añadió una extensa explicación de los datos que fueron puestos dentro del mapa. Debajo de este recuadro y en letra muy pequeña se puede leer la firma de su autor, “Palomares F.” El autor del mapa del Magallanes –así

¹¹ AGI, Mapas y planos, Buenos Aires 170.

¹² BNE, MR 42/403.

como el trabajo logrado en el documento– constituye un ejemplo de lo que se conoce como geógrafo erudito, un sabio que construye los documentos cartográficos a partir de la crítica y sistematización de fuentes primarias –manuscritos– y secundarias –mapas y planos impresos– (Capel, 1989: 104). De acuerdo a la perspectiva defendida por el reconocido geógrafo español Tomás López:

Dicen bien, que el mejor modo de hacer un mapa, es andando y midiendo la tierra; pero este método no es adaptable a las facultades de un particular. El geógrafo trabaja en su casa, teniendo a la vista papeles de varios de un mismo terreno, que compara y adapta lo que según su buena crítica es más perfecto. No es ministerio suyo levantar planos particulares, porque para esto hay otra clase de gentes, que no necesita mayor instrucción, que la de llegar a saber hasta la geometría rectilínea (López, 1795: 120).

La figura de Palomares se encuadra en la descripción anterior. Su prolífica labor como copista y archivero lo puso en contacto con infinidad de documentos que sirvieron de base a otros, tal el caso del mapa del Magallanes. El diseño de Palomares tiene como antecedente el mapa levantado por el padre José Quiroga S. J. durante la expedición que se llevó a cabo en 1745 desde Buenos Aires y que arribó hasta la zona del río Gallegos.¹³ Ésta estuvo al mando del alférez Joaquín Olivares y también participaron el padre José Cardiel y el padre Mathias Strobel, ambos jesuitas, siendo una de las primeras que abrieron el ciclo de expediciones borbónicas al litoral austral de la América meridional. Palomares se encargó de recopilar la información que se tenía en ese momento para completar el mapa de Quiroga, añadiendo datos de las zonas conocidas del virreinato como también lo que los padres jesuitas describieron en sus relatos del viaje a la costa patagónica. El resultado obtenido fue un mapa que sintetizaba los conocimientos que se tenían a mediados de siglo del todavía no creado Virreinato del Río de la Plata. Incluso el recuadro con las “notas” no es de su autoría, sino que presenta una síntesis del texto escrito por el padre Cardiel sobre la expedición. Por eso hemos incorporado este mapa en la selección, de modo de cotejar su contenido con un mapa del mismo territorio realizado casi cuatro décadas después.

El segundo mapa data posiblemente de 1786 y su trazado fue ordenado por el virrey Loreto.¹⁴ Abarca sólo la parte sur de la jurisdicción virreinal, desde la capital hasta la boca del Estrecho de Magallanes aunque este último no está incluido ni las islas

¹³ “Mapa de la costa de los Patagones conforme al descubrimiento hecho de orden de S.M.C el año de 1745 por el padre Joseph Quiroga”, BNE, MR 42/405.

¹⁴ AGI, Mapas y planos, Buenos Aires 164. Sobre la fecha probable en que fue dibujado, véase nota 16 *supra*.

de Tierra del Fuego, pero sí aparece el archipiélago de Malvinas. El territorio representado se extiende entre los 32° y 53° de latitud sur y entre los 300° y 325° de longitud del meridiano de Tenerife. Según reza su título, se trata de un:

Mapa geográfico que comprende todos los modernos descubrimientos de la costa patagónica y sus puertos desde el Río de la Plata hasta el puerto de Río Gallegos, junto al Cabo de las Vírgenes; la porción descubierta del Río Negro, y caminos por la campaña de Buenos Ayres. El qual mando formar por las memorias y planos adquiridos el Exmo. Señor Marqués de Loreto, gobernador y capitán de estas provincias del Río de la Plata.

La escala utilizada es de ochenta leguas o cuatro grados que equivale a 4,6 cm. = 80 leguas = 445,81 km. El recuadro que enmarca el mapa tiene señalado los grados de latitud y longitud de acuerdo a la escala indicada. El diseño está realizado en diferentes tonalidades marrones y tiene incorporado dos cuadros con anotaciones: uno en el margen superior derecho con el título y la escala y otro en la parte inferior con una “explicación” de los aspectos sobresalientes del mapa, que se relacionan con los descubrimientos recientes. Se encuentra una rosa de los vientos y el norte magnético está señalado con un pequeño torreón de tres almenas y no con la usual flor de lis que generalmente se incorporaba en los mapas desde el siglo XVI, para marcar el norte. Si bien en un primer análisis puede pasar desapercibida, la introducción de esta marca conlleva una carga simbólica, puesto que el torreón se encuentra en el escudo de armas del marqués de Loreto. La suplantación de la flor de lis por el torreón configura un mecanismo mediante el cual el virrey imprimió su sello personal en un documento, reivindicando así su patrocinio y autoría intelectual. Simultáneamente, la autoridad virreinal muestra con esta representación cartográfica el éxito alcanzado con las expediciones a la costa patagónica y los avances obtenidos durante esos viajes en la exploración y reconocimiento de esa región.

Las descripciones anteriores se centraron en aspectos formales y generales de los documentos cartográficos, relacionados con la información explícita que se encuentra en cada uno de ellos. A partir de esos datos pueden proponerse algunas reflexiones. Una primera constatación surge de la precisión descriptiva de los títulos de los planos y del mapa de 1786. Cada uno expresa con exactitud la porción del territorio representado a partir de las coordenadas geográficas, quiénes fueron los responsables de confeccionar los documentos y, quién condujo la expedición (en los tres planos) o bien quién solicitó

su realización (en el mapa de 1786 y en los tres planos). El empleo de títulos tan específicos tiene su correlato con la meticulosidad de las representaciones cartográficas, especialmente los planos, dado que al utilizar una escala menor para su confección reproducen un área reducida con todos los detalles que su autor pretendió incorporar. En este sentido, el título traduce y sintetiza el lenguaje cartográfico (visual) a uno textual y lo complementa, de manera que cualquier persona puede saber de inmediato qué parte del globo terrestre ha sido representada.

Por un lado, los planos y mapas –producto de las expediciones a la costa patagónica– sirvieron de soporte gráfico-visual a los diarios que los marinos escribieron en sus viajes. Entonces, ambos documentos, el diario y la cartografía constituyen dos caras de una misma moneda. La fuente visual ratifica y valida la descripción que el marino plasmó por escrito a lo largo de la travesía y, por su parte, el relato ofrece algunas claves necesarias para comprender la representación cartográfica, al tiempo que llena vacíos y ayuda a responder acerca de los silencios que esconde el dibujo. Penhos sostiene que hay un convencimiento de que visualizar algo –en nuestro caso una porción de la costa, una ensenada, una isla, etc.– equivale a entenderlo. Los documentos cartográficos, sean planos, mapas, esquemas, que los marinos dibujaron y adjuntaron a sus relatos no pueden considerarse simples apéndices de éstos, puesto que, por el contrario, propiciaron el conocimiento visual del territorio en forma clara y sintética (Penhos, 2005: 151-152).

Esta relación se aprecia con nitidez, por ejemplo, en el viaje de Villarino para reconocer el litoral atlántico entre el río Negro y el río Colorado. Al final del diario de navegación, este piloto incluyó una serie de “Advertencias á los navegantes á estos destinos” y unas “notas” (Villarino, 1837: 26-30) en las que explicó con sumo cuidado la ruta más apropiada para navegar por la costa entre ambos ríos, los obstáculos que podían encontrarse, los sondeos del fondo marino, los parajes donde guarecerse en caso de mal tiempo, entre otros. Esos consejos los trasladó al plano que adjuntó a su diario, objeto de análisis en esta ponencia; allí puede verse el trazado de la ruta acompañado de los detalles técnicos que había mencionado en el texto.

Por otro lado, los mapas y planos aseguraban a la Corona la disponibilidad de representaciones más exactas de una región como la patagónica, casi desconocida, que se encontraba exenta del control efectivo de las autoridades coloniales y que, a su vez, estaba envuelta en relatos prodigiosos como el «gigantismo de los Patagones» o la existencia allí de la «Ciudad de los Césares». La posesión de una cartografía rigurosa

constituía así un mecanismo de apropiación territorial y de reafirmación soberana de la Monarquía sobre sus territorios. Dichas representaciones permitían trasladar un espacio físico a una hoja de papel, haciéndolo tangible, manejable y por lo tanto, sujeto a las intervenciones de cualquier funcionario de la metrópoli o del virreinato (o de sujetos privados interesados, por caso, en el comercio).

Las sucesivas expediciones a la costa patagónica facilitaron la acumulación de mapas y planos que remediaron, al menos en parte, la desatención a la que se había visto sometida la región durante más de siglo y medio, al tiempo que incrementaron los conocimientos sobre la misma. El levantamiento cartográfico detallado aparecía como un pilar insustituible para asegurar el control efectivo de la región, el primer paso necesario para avanzar en la puesta en marcha de estrategias para una ocupación territorial concreta, por ejemplo, mediante la fundación de fuertes y de establecimientos coloniales, como se verificó a partir de la década de 1780. Además, para la Monarquía, este tipo de documentos se convertía en una herramienta con la cual hacer frente a una posible reivindicación de otras potencias sobre esa área. A los fines propagandísticos en Europa, la Corona podía jactarse de los logros obtenidos con la puesta en marcha del ciclo de expediciones y mostrar pruebas concretas del avance en la exploración de sus fronteras imperiales, fortaleciendo su presencia en las zonas más alejadas y periféricas.

Las expediciones del quinientos, que habían recorrido por primera vez la América meridional austral amparándose en el derecho de «descubrimiento», colocaron los territorios australes bajo el dominio castellano. En el setecientos, para frenar cualquier avance enemigo ante las dificultades que había tenido la Corona para controlar su imperio, los marinos ilustrados volvían a *reconocer* esas tierras para apropiárselas con las herramientas que ofrecían los avances científicos (sin excluir, si fuese menester, la fuerza armada). En el caso de la cartografía, objeto aquí de nuestro interés, tuvieron un papel rector los instrumentos de observación y medición a la par de técnicas de mensura basadas en cálculos matemático-trigonométricos y astronómicos. De acuerdo a Penhos, el empleo de lentes acortaban la distancia entre el observador y lo observado, ampliando el campo de observación y facilitando la obtención de datos mucho más exactos (Penhos, 2005: 232).

En los diarios de viaje como en las representaciones cartográficas proliferan las descripciones de las tareas astronómicas y geodésicas ejecutadas. A las lentes y dispositivos visuales como el teodolito, se sumaron otros instrumentos de medición, v.g. relojes de péndulo, escuadras, odómetros, compases magnéticos, entre otros muchos,

que conducían las tareas primero de fijar los espacios a unas coordenadas precisas para traducirlos a un lenguaje matemático para luego plasmarlos en una representación gráfica a escala. El uso de estos dispositivos modernos, que mediaban entre el sujeto y el objeto, significaba la despersonalización de la observación y la cosificación de lo observado, asegurando la objetividad del conocimiento adquirido (Penhos, 2005: 235). La determinación de las latitudes y longitudes permitió asignar a cada lugar, *un* lugar; de ese modo, la cartografía acompañada de los textos y de otras representaciones visuales contribuyó a la tarea de construir lugares (Penhos, 2005: 234). Así, el litoral patagónico adquirió una fisonomía determinada y fue conocido y aprehendido a partir de las representaciones que los marinos fueron articulando en el transcurso de sus expediciones y que enviaron a la capital virreinal y a la metrópoli.

Algunos ejemplos cartográficos

Regresamos a las representaciones que hemos seleccionado. Los tres planos analizados poseen numerosas semejanzas, entre las que destaca la minuciosidad de los detalles que incorporaron tanto Villarino como Peña, merced al uso de una escala ampliada para representar una zona bien circunscrita. Estos planos privilegiaron el aspecto topográfico, ignorando los recursos naturales y los habitantes indios que ocupaban la zona. No hay casi vestigios en ellos de la naturaleza ni huellas de la presencia humana. Por el contrario, los planos muestran el espacio como si estuviera vacío, abierto a la intervención directa de los enviados de la Corona. De esta manera, los agentes coloniales ponían en marcha una descripción del paisaje y lo ordenaban de acuerdo a una lógica encaminada a la ocupación efectiva de la región.¹⁵

La preocupación exacerbada en reconocer los pormenores del terreno, la mensura detenida y prolija del mismo, el apego a las herramientas matemáticas, confluían sobre un papel en el cual se plasmaba la representación cartográfica. La apropiación se completaba mediante la representación de los emblemas del poder monárquico que era la que impulsaba estos mecanismos de control espacial y a su vez los reforzaba.

En las descripciones de los planos ya hemos mencionado algunos de estos elementos y podemos agregar otros. Por ejemplo, en el plano del río Negro, Villarino

¹⁵ Esta forma de representar los espacios a través de la cartografía se asemeja a la utilizada por los viajeros ilustrados en sus relatos y descripciones. Según el análisis de Pratt, se recurre al lenguaje de la historia natural, que está desprovisto de adjetivos y orientado a clasificar y ordenar los componentes de los paisajes aprehendidos de acuerdo a las necesidades imperialistas (Pratt, 1997: 88-89).

incluyó en las referencias dos asentamientos de indios: una “toldería de indios pampas” y otra “toldería de pampas teguelchis y aucas”¹⁶, empero esas referencias no aparecieron luego sobre el plano. Si bien en el texto inserto en el plano se reconocía que el espacio estaba ocupado, en la representación se ocultaba esa presencia; el piloto omitió, quizás de manera deliberada, dibujar en el plano las referencias sobre las tolderías.

Una situación parecida se halla en el plano de la Costa Oriental Patagónica, también trazado por Villarino. En éste no se encuentra ninguna referencia a las tolderías de la zona del río Colorado y en el río Negro. Pero cuando se consulta el diario de viaje del piloto de la Real Armada, allí se relatan los diferentes encuentros que mantuvo con los indios que habitaban la región, así como la ubicación de las tolderías. En este caso, el plano se construyó a partir de una selección del testimonio redactado por Villarino. Por último, el plano confeccionado por Peña carece de referencia alguna de habitantes indígenas. La única, indirecta, de presencia humana en la zona son las isletas en donde se localiza barracas y toneles llenos de grasa de lobo marino, indicios evidentes de la actuación inglesa en la región; y otra de las preocupaciones de la Corona en esos espacios y que indirectamente daba indicación sobre actividades económicas posibles.

Penhos afirma que los planos no son sino visiones parciales del territorio (Penhos, 2005: 153). Su particularidad reside en que muestran porciones mensuradas, ubicadas y delimitadas a partir de las que, luego, pueden construirse representaciones más abarcadoras, los mapas. En el caso de Palomares, su representación es deudora de la cartografía que el padre Quiroga S. J. levantó en la expedición de 1745 y en diversos documentos que relevó en archivos y bibliotecas peninsulares.

En el caso del mapa ordenado por Loreto, se construyó con los planos parciales y la información disponible en el Río de la Plata. Al observar con detenimiento la zona norpatagónica, se aprecia el detalle del litoral entre el río Negro y el Colorado, o el curso del río Negro hasta la Cordillera de los Andes, presentes en los planos de Villarino, por ejemplo. Las exploraciones conducidas por Villarino habían permitido obtener un exhaustivo conocimiento de la región y los planos que confeccionó durante sus viajes sirvieron de base al mapa de 1786.

En sentido inverso, al fijar la vista en la zona del río Deseado se advierte que la isla de los Reyes fue colocada, erróneamente, dentro del estuario del curso de agua. La

¹⁶ AGN, Mapas II 466.

expedición de Clairac de 1789, junto al plano específico que levantó José de la Peña, permiten rectificar lo poco que se conocía de la zona. Lo mismo ocurrió con el golfo de San Jorge, donde puede leerse: “este golfo no se terminó de descubrir, dicen los indios que llega hasta la cordillera”. En 1794 el capitán Juan Gutiérrez de la Concha condujo una expedición para concluir los trabajos de reconocimiento de esa zona y levantar una carta desde el puerto Deseado al cabo de San Antonio.¹⁷

El afán por corregir las cartas y planos, como también de avanzar en el exacto relevamiento de la costa patagónica y la retroalimentación que se identifica entre las diferentes expediciones constituye una evidencia de una política llevada delante de manera orgánica y coordinada para apropiarse del espacio patagónico. La cartografía aquí analizada resulta un claro ejemplo de estos esfuerzos.

Para terminar, unas breves reflexiones a partir de comparar ambos mapas. El mapa ordenado por el virrey Loreto ofrece no sólo más información sino que la misma se obtuvo mediante cuidadosas y planificadas expediciones, por lo que resulta más exacto. El mapa de Palomares muestra un extenso territorio que comienza en Buenos Aires y Mendoza –ambas ciudades ubicadas en una misma línea recta– con el nombre de Magallanes, asimilando el estrecho interoceánico con un amplio territorio fuera del control hispánico. En la representación no aparecen signos directos de la presencia colonial dentro del mismo, controlado por diferentes sociedades indígenas, las que aparecen ubicadas en la zona que se creía que éstas ocupaban. La representación incluye el trazo de los ríos más importantes pero sin que se conociera su recorrido cierto –la ubicación es aproximada–, incluye también un intento por indicar el tipo de formación geográfica, mediante la inclusión de lomadas y montañas y de la posible vegetación, indicada con puntos en color verde. La zona del estrecho de Magallanes aparece conformada por seis grandes islas, algunas de ellas habitadas, en una esquematización simplificada, que poco se asemeja a la complejidad territorial del Estrecho, señalada ya por ingleses y holandeses y corroborada por la expedición del capitán Antonio de Córdoba en 1785-86 y en 1788-89. Puede decirse que el mapa escenificaba los saberes que la Monarquía tenía sobre la región a mediados de siglo –o bien los datos que Palomares había logrado reunir–, un mapa de tipo descriptivo que tenía por objetivo mostrar y hacer conocer la amplia frontera del imperio hispánico en la América Meridional austral.

¹⁷ AGMAB, Cuerpo General, leg. 620/537. El capitán dejó un completo diario de este viaje exploratorio emprendido en 1794.

El mapa de 1786 ostenta un contenido político bien definido, desde el título mismo en el que se explicita que fueron los avances logrados por los viajes de reconocimiento del litoral patagónico los que aportaron los datos para la representación. La configuración de la costa del Atlántico sur meridional incorpora gran cantidad de detalles desconocidos dos o tres décadas antes. Se halla el archipiélago de las Malvinas, recuperado en la década de 1760 –ausente en el mapa de Palomares–, donde también se aprecia los resultados positivos de las expediciones enviadas desde Buenos Aires para su completo reconocimiento. El estrecho de Magallanes está ausente y, en este punto, pueden sugerirse dos hipótesis. Por un lado, que no habían quedado en la capital virreinal copias de los documentos y de la cartografía que generó la oficialidad de la expedición de la Santa María de la Cabeza al mando del capitán Córdoba, en 1785 y 1786.¹⁸ Por otro lado, y sin oponerse a la primera opción, es posible que se decidiera incluir en el mapa sólo los resultados de las expediciones en las que el poder virreinal tuvo una participación activa. En este sentido, el reemplazo de la flor de lis que señala el norte magnético por el torreón del escudo de armas de Loreto es un indicio sugerente.

Dos últimos elementos que refuerzan la impronta política del mapa de 1788 son las inscripciones sobre los indios que habitaban la Patagonia y la manera de mostrar el interior del territorio. En el mapa hay dos grandes inscripciones: “terreno habitado por varias naciones de indios bárbaros” (al norte del río Negro) y “terreno habitado por varias naciones de indios bárbaros & ignorado de los españoles” (al sur del río Negro). En esas expresiones y por la ubicación de cada una hay un tácito reconocimiento de las autoridades coloniales de la diversa situación en la región norte y sur de la Patagonia, la primera mejor explorada y con un trato amistoso con diferentes caciques y sus tribus; y la otra, un intento de homogenización sobre las identidades de los indios, al eliminar los gentilicios con los que se identificaban los grupos –sólo al sur de Mendoza se anotó un término genérico, los “Aucas”– como al evitar incorporar en el mapa los nombres propios de los caciques. Asimismo, el espacio interior donde figuran las inscripciones anteriores se encuentra vacío, sin vestigios de recursos naturales o accidentes geográficos, un área desierta, abierta a la acción y a la intervención directa las autoridades imperiales.

¹⁸ En 1789 José de Vargas Ponce publicó en Madrid una compilación de los diarios de los oficiales que participaron de la expedición llamada en la época de *La Santa María de la Cabeza*. La aparición de este volumen fue posterior al diseño del mapa que ordenó el marqués de Loreto.

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo hemos intentando mostrar que las representaciones cartográficas no son construcciones «neutrales» con las que sus autores se limitaron a reproducir un espacio delimitado de la superficie terrestre. En este sentido, hemos recuperado los aportes teóricos que señalan la complejidad de las representaciones cartográficas, ya sea en su producción, en las informaciones que contienen y en las múltiples lecturas que pueden efectuarse sobre lo que muestran, ocultan y describen los mapas. Esta perspectiva defiende que un mapa es mucho más que una imagen «objetiva» que representa una porción de la superficie terrestre. Es también un texto con diferentes niveles de significado que responden tanto a los contextos de producción de la cartografía como a las subjetividades de quienes intervinieron en su realización.

Desde la perspectiva señalada, los planos y mapas que seleccionamos como ejemplos fueron analizados dentro de los contextos en que fueron dibujados atendiendo, por un lado a los avances científicos del período y, por otro lado –y con mayor énfasis– a la realidad política de la Monarquía en la segunda mitad del siglo XVIII. El breve recorrido que se propuso por los siglos XVII y XVIII en lo que respecta a los aportes científicos, permitió advertir la mejora sustancial que hubo en la confección de documentos cartográficos. Asimismo, se atendió a las necesidades geopolíticas de la Monarquía hispánica que impulsaron el ciclo de expediciones borbónicas, marco dentro del cual se insertó la producción cartográfica analizada en la ponencia. El acento estuvo colocado en las urgencias de la metrópoli por conocer con exactitud los territorios más alejados del Imperio, como la costa patagónica, en orden a lograr una ocupación estable de los mismos, asegurar allí la presencia efectiva de las autoridades coloniales y repeler cualquier intento de potencias competidoras de apropiarse de esas regiones en beneficio propio.

Los avances científicos como las necesidades geopolíticas de la Monarquía se pusieron de manifiesto en el análisis de la selección de planos y mapas de la costa patagónica. La descripción de estos documentos permitió mostrar el sumo nivel de detalles que se incorporaron y la atención por construir representaciones exactas, utilizando las herramientas matemáticas y variados instrumentos de observación. La calidad de la cartografía lograda resultó un indicio de la preparación científica con la que contaban los marinos que exploraron la costa patagónica. También se evidenció cómo la información parcial obtenida en cada expedición fue utilizada para trazar mapas

del espacio austral sudamericano más precisos, en los que se corrigió información errónea y que, al mismo tiempo, favorecieron nuevas exploraciones para relevar las áreas desconocidas. Finalmente se intentó avanzar en lecturas entrelíneas de los símbolos incorporados en las representaciones cartográficas como de los significados políticos que, pueden suponerse, están por detrás de los datos explícitos en los mapas.

En síntesis, en el trabajo el acento se colocó en aportar elementos que demostraran que los mapas y planos no son representaciones imparciales y ajenas a los contextos en que surgieron y cuyo estudio permite reconstruir principalmente los avances científicos de una época. También son herramientas para el ejercicio de la dominación, apropiación y control de los espacios. De allí los ejemplos ofrecidos para considerar la situación en la que se encontraban los espacios periféricos del Atlántico austral que formaban parte del Imperio hispánico; una región que cobró una fuerte importancia geoestratégica para la metrópoli en la coyuntura de las reformistas de la Monarquía borbónica hacia fines del setecientos.

Referencias bibliográficas:

Capel Horacio (1989), “Geografía y cartografía” en Sellés Manuel, Peset José L. y Lafuente Antonio, *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*, Madrid: Alianza.

Day David (2006), *Conquista. Una nueva historia del mundo moderno*, Barcelona: Crítica.

García Rojas Irma B. (2008), “El estudio histórico de la cartografía”, *Takwá. Revista de Historia*, Guadalajara.

Gentinetta Martín A. (2012) “Basilio Villarino: un ejemplo de marino ilustrado al servicio de la monarquía borbónica. Sus expediciones por las costas patagónicas a fines del siglo XVIII”, *Workshop Viajar, conectar y crear espacios: viajeros por el Río de la Plata y el Tucumán en los siglos XVI, XVII y XVIII*, San Miguel de Tucumán.

Guillén y Tato Julio F. (1942), *Monumenta chartographica indiana: regiones del Plata y Magallánica*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores de España.

Harley John B. (2005), *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, México: F.C.E.

López Tomás (1795), *Principios geográficos aplicados al uso de los mapas*, Madrid: Imprenta de Don Benito Cano, tomo II, 3ra. ed.

Penhos Marta (2005), *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines de siglo XVIII*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Pratt Mary L. (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Santiago Palomares Francisco X. de (1920), “Noticias biográficas de D. Francisco Xavier de Santiago Palomares”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid.

Thrower Norman J. W. (2002), *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*, Barcelona: Ediciones del Serbal.

Villarino Basilio (1837) “Diario de la navegación que vá á hacer D. Basilio Villarino, segundo piloto de la Real Armada, con las dos embarcaciones de su mando, el bergantín Nuestra Señora del Carmen y Ánimas, y la chalupa San Francisco de Asís, desde el río Negro, á reconocer la costa, la bahía de Todos los Santos, Islas del Buen Suceso y demas adyacentes, buscar el desagüe del río Colorado, y penetrar su entrada, de orden del Comisario superintendente de estos establecimientos, el Dr. D. Francisco de Viedma” en Pedro De Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires: Imprenta del Estado.